



Fue durante la filmación de *La guerra necesaria*, un documental de entrevistas inéditas realizadas al Comandante en Jefe Fidel Castro y otros dirigentes de la Revolución, que Santiago Álvarez lleva a vías de hecho la idea de la realización del documental *Mi hermano Fidel*. La sesión de trabajo con Fidel se desarrollaba en Playitas de Cajobabo, lugar de desembarco de José Martí y Máximo Gómez el 11 de abril de 1895 para incorporarse a la guerra contra el yugo español.

La estancia en aquel lugar tan intrincado de la geografía cubana le ofreció a Santiago Álvarez la oportunidad de entrevistar a Salustiano Leyva, un anciano que a los once años de edad había tenido el privilegio de conocer a Gómez y Martí la noche de aquel desembarco en que los patriotas pidieron la colaboración de la familia Leyva.

Esta breve visita de los héroes de la Guerra de Independencia, mencionada por Martí en su *Diario de campaña*, está marcada con fuego en la mente de Salustiano Leyva, un anciano que apenas puede ver, pero que narra con lucidez cada uno de los detalles de aquel encuentro. Salustiano recuerda detalles físicos de Martí, Gómez y Marcos del Rosario, el práctico de la expedición, la hora en que arribaron y se fueron de su casa, mientras Santiago Álvarez recrea esos momentos intercalando imágenes del Salustiano actual con las de un niño de once años, así como con imágenes de Martí y Gómez.

Quizá lo sugestivo del material radica en que Salustiano narra sus recuerdos y responde a las preguntas de un «periodista» que lo está entrevistando y a quien él no puede reconocer por su falta de visión.

A partir del diálogo entre Fidel Castro y Salustiano Leyva, el director reconstruye en *Mi hermano Fidel* la historia que ese anciano de noventa y dos años ha preservado durante tanto tiempo en su memoria y que ahora le está contando a este acucioso entrevistador. El uso exacto de primerísimos planos de los ojos de Salustiano da cuenta de la extrañeza del anciano ante las preguntas del desconocido, así como su disposición a responder todo lo relacionado con aquella histórica visita del apóstol de Cuba.

En este cortometraje de 17 min, Leyva y Castro sostienen una charla íntima donde la historia de Cuba se entremezcla con las anécdotas personales del anciano invidente. Fidel y el viejo Salustiano conversan de la actualidad, de cómo vive el anciano, de sus necesidades; pero el énfasis mayor se pone en aquel encuentro al que Salustiano hace referencia permanentemente, y sobre su seguridad de la continuidad del legado de Martí en la persona y las ideas de Fidel, sin saber que está frente al líder de la Revolución. Es al final de la charla que Fidel, luego de solicitar que le hagan unos espejuelos al anciano, se da a conocer, mientras Salustiano, sorprendido, le llama hermano, como suele llamar al propio Martí.

*Mi hermano Fidel* alcanza esa altura que solo pueden lograr las obras perdurables en la memoria. La fotografía de Iván Nápoles y Raúl Pérez Ureta consigue entregarnos unas imágenes de Playitas de Cajobabo que definen la grandeza y esplendor del histórico paraje, y está marcada fundamentalmente por primeros planos cerrados del héroe de la Revolución y de Salustiano Leyva que transmiten una fuerza sobresaliente al material, en tanto que la edición, a cargo de Miriam Talavera, le confiere soltura y empaque en su extensión.

El documental fue exhibido en 1984 en el National Museum of American History's Carmichael Auditorium como parte de una semana smithsoniana del Cine Latinoamericano. A propósito de esta exhibición la crítica de cine Pamela Sommers escribía en *The Washington Post* el 24 de julio de 1984: «¿Propaganda? Ciertamente lo es, pero al menos elocuente, más sofisticada y visualmente convincente».

Santiago Álvarez decía en una entrevista que casi todos sus documentales le debían mucho al *Noticiero ICAIC Latinoamericano*. También *Mi hermano Fidel* arrastra consigo esa deuda artística.